

**NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA**



Año V
Núm. 221

25 cts.

Protagonistas
HARRY PIEL
y
DARY HOLM

ZIGANO

Con el presente número se regala un retrato de RENÉE ADORÉE

Novela Popular

Cinematográfica

Argumento de la emocionante y sentimental
película de aventuras

• ZIGANO •

magistralmente interpretado por el intrépido
actor atleta

HARRY PIEL

y la bellísima Dary Holm



EXCLUSIVAS

COMERCIAL FILMS

SIMÓ y BALART

Balmes, 74 pral.
BARCELONA



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 925



Argumento

Corrían los tiempos en que el emperador Napoleón destronaba a los príncipes de Europa y creaba a su albedrío nuevos imperios. Era la época de los grandes apetitos... de las grandes conquistas.

El duque Ludovico, jefe de un pequeño estado enclavado no lejos de la frontera francesa, a semejanza de algunos otros soberanos acudió al llamamiento del conquistador, no por simpatía al caudillo cuya fama atronaba el mundo, sino por el deseo de ver convertido en reino su ducado.

No hubiese sido Ludovico el primero que por un simple decreto de Napoleón veía ensanchar sus fronteras hasta límites nunca soñados. Animado por esta esperanza, el gran duque reunió lo más florido de la juventud de su estado. El día antes de partir para la guerra, llamó a la Corte y en presencia de todos los cortesanos, confió la regencia al conde de Garióssa.

—Quedáis nombrado—le dijo—mi sustituto, hasta mi regreso. Espero que haréis buen uso de los poderes que os confío, siguiendo la tradición de mis antepasados.

Era costumbre establecida, ya desde el tiempo de las cruzadas, que en ausencia del duque, rigieran los destinos del país los condes de Ganossa. Como consejeros, y gozando de una influencia más nominal que efectiva, quedaban el Prefecto General de Policía y el único obispo del país, en calidad de jefe del orden público el primero y como jefe espiritual de las almas el segundo.

Peró en esta ocasión, ni Giovanni Fiori, a la sazón prefecto, ni el prelado, monseñor Benedicto, tuvieron influencia alguna en la gobernación del pequeño estado.

El ambicioso conde, se erigió desde el primer momento en dictador absoluto; se proclamó señor de vidas y haciendas, y so pretexto de allegar recursos para la guerra, iba expoliando a todos los habitantes, robándoles sus tesoros y apoderándose hasta de los víveres y ganados.

En tales menesteres era ayudado por un sujeto llamado Mateo, hombre sin corazón, adicto al conde en cuerpo y alma; capaz de todas las villanías imaginables con tal de dar satisfacción a su señor.

El palacio ducal días antes alegrado por el bullicio de las espléndidas fiestas que precedieron a la partida del duque, quedó sumido en el más profundo silencio. Parte de los servidores marcharon en pos de él y sólo quedaron en el mismo algunos pocos de los más ancianos, acompañando a la adorable

Beatriz, una muchacha noble, huérfana, prima del duque prometida secretamente con este. Al cuidado inmediato de ella quedaba su camarista, Fiametta, que sin ser tan bella como su señora, poseía en tan alto grado la gracia y la simpatía, que no cabía imaginar ninguna criatura más agradable.

Beatriz y su dama de compañía tenían sus habitaciones particulares en el tercer piso de una de las alas del inmenso castillo, cuyos jardines, llenos de árboles centenarios y de preciosas cascadas y surtidores, le daban el aspecto de uno de esos alcázares de maravilla, que sólo aparecen en los cuentos de hadas. En sus largas horas de soledad, Beatriz volvía su pensamiento al amado que allá lejos, en el teatro de la lucha, se vería obligado a soportar las penalidades sin cuento de la guerra.

Un leve suspiro se escapaba entonces de su divino pecho, ligeramente combado por la gracia de los senos, cuya turgencia se adivinaba tras la elegante "toilette" de corte impecable y la hermosa criatura contemplaba una vez más el anillo, recordando las palabras que Ludovico le dijera al partir:

—Beatriz, toma este anillo. Es el símbolo de la fidelidad y debe atarnos el uno al otro eternamente. Un antepasado nuestro lo trajo de Tierra Santa y para nuestra familia ha sido siempre el signo de la buena suerte. Consérvalo cuidadosamente, que en él se base nuestra felicidad.

Desde la partida de su amado, la linda joven vivía aislada del mundo, sin ocuparse para nada de otra cosa que no fueran sus recuerdos. Sin embargo, aún cuando Beatriz no se ocupara de nadie, no por

eso dejaban de ocuparse de ella y de tejer a su alrededor crueles intrigas. La princesa Teresa antigua prometida del duque, no descansaba un momento dispuesta a derrotar a su rival. Intrigante por naturaleza, había conseguido captarse por entero la simpatía y amistad de Ganossa, aliado y enamorado suyo.

—Paciencia princesa, paciencia—solía decirle el conde—, tened confianza; dejadme hacer, y todo se inclinará pronto en el sentido de vuestros deseos...

Hasta más allá de las fronteras del reino que servía de teatro a esta historia, era conocido y temido Zigano, capicán de una partida de bandoleros a cuya guarida, enclavada en lo más abrupto del famoso Monte Diavolo, sólo podían llegar las águilas y para ello, con el permiso del capitán, según aseguraban no pocos de sus fanáticos.

Fuera o no verdad, ello es lo cierto que cuantas veces habían intentado llegar hasta allí los policías, siempre habían vuelto con no pocas bajas y sin conseguir forzar la inexpugnable fortaleza natural de los bandidos. Ni una sola vez habían logrado sorprenderlos. Diríase que Zigano tenía concitadas en su favor hasta las piedras de los caminos. En realidad, sucedía, que Zigano, era uno de esos bandidos justicieros, un hombre que harto de vivir en el mundo de la ficción y de la injusticia, se había trasladado a la montaña. Desde aquellas cumbres inaccesibles, Zigano imponía la justicia de la verdad, de la equidad... Jamás se dió el caso de que sus hombres robaran a un pobre; en cambio era muy frecuente ver caer a sus huestes sobre la casa de un usurero o

de cualquiera otro que no hubiese adquirido su fortuna por medios lícitos.

Esta fortuna robada a sus detentadores, servía luego después, para enjugar no pocas lágrimas y llevar la felicidad a los hogares perseguidos por la desgracia. Por esta sencilla razón, si bien las piedras no le llevaban los avisos, como aseguraban cuantos policías se dedicaban a espiarlo meses y meses, llevábenselo en cambio los aldeanos, que veían en él una providencia.

El príncipe Ludovico mandaba de vez en cuando alguna expedición, más por cumplir el expediente que por otra cosa, ya que a decir verdad, no veía con muy malos ojos la justiciera actuación del bandido.

No lejos de este refugio, vivía un joven llamado Benito, sobrino del prelado Benedicto, a quien el bondadoso padre Ambrosio, su tutor y maestro, instruía con las lecturas de sabios libros.

Cierto día, a la rústica casona que les servía de albergue, llegó una carta de la capital. Era del buen obispo, que le pedía a su hermana le mandara a su sobrino.

“Querida hermana—le decía—: Nuestro buen duque ha partido con sus tropas en ayuda de Napoleón. Pronto nuestro ducado será un reino por obra y gracia del magnánimo Bonaparte. Habrá sitio en la corte para gente instruída, y pensando en ello, hablé a nuestro soberano de Benito. Me dió buenas esperanzas de que le conseguiríamos un excelente cargo. Espero pues, que tan pronto recibáis mi carta, se pondrá en camino. ¡Que Dios os proteja! Tu hermano.—Benedicto”.

En la abadía de Monte Diavolo la carta cayó como una bomba. Regueros de lágrimas siguieron a la recepción de la misiva, pero como se trataba del porvenir del muchacho, tras las primeras efusiones de desconsuelo, tanto la madre como el venerable eclesiástico, comenzaron a realizar los preparativos de viaje.

Uno de los primeros cuidados del conde Ganossa tan pronto como tuvo en su mano las riendas del poder, fué poner pasquines por las calles de las ciudades y aldeas, en los cuales se hacía saber a todos los ciudadanos del ducado, que el oponer resistencia a los soldados enviados por el Gobernador, sería considerado como un "delito contra la autoridad del Estado". En su consecuencia, cuantos se oponían a las requisas, eran encerrados en la cárcel y bárbaramente apaleados. Por este procedimiento, Mateo, la "Eminencia Gris" de Ganossa, iba llenando sus arcas a pasos agigantados.

—Es necesario—le decía el Gobernador—que antes de que venga el duque, sea yo más rico y poderoso que él y entonces, ¡ya veremos quién vence a quién!...

El día amaneció soberbio. Con las primeras luces de la mañana, la abadía de Monte Diavolo recobró una animación inusitada. La señora Luisa, sacaba del viejo armario varias prendas de ropa interior que acariciaba con sus manos y regaba con sus lágrimas; el padre Ambrosio, escogía viejos libros de la antigua y bien provista biblioteca, formaba con ellos voluminosos paquetes, y luego, los volvía a deshacer, dando muestras de gran contrariedad.

—¡No es posible que lleve tanto peso; no es posible!—murmuraba.

Y volvía a empaquetar los textos cuidadosamente seleccionados.

Hacía ya un buen rato que el sol mandaba a la Tierra sus cálidos y fecundantes besos, cuando se inició la marcha del joven Benito. En la parte superior de su cabalgadura (un burro que por sus años debía de ser contemporáneo del bondadoso clérigo), llevaba el joven un liviano paquete de ropa y en las ancas, un voluminoso paquete de libros que Benito miró con extrañeza.

—¡Llévatelos, hijo mío!—exclamó el cura—. Ellos son el pan que ha de alimentar tu espíritu mientras estés en la ciudad. En estos tiempos en que la fuerza se impone al derecho, tú, debes permanecer bueno y generoso como hasta aquí... y si a'guien te hiere en la mejilla derecha, no le devuelvas el golpe... ofrécele la izquierda, como dice el Divino Maestro...

Entre tanto, en la Corte el buen Giovanni Fiori, Prefecto de policía, hartó de los desmanes del Gobernador, tenía una sabrosa entrevista con Beatriz.

—También le escribiré al duque—decía el buen hombre—dándole cuenta del mal uso que Ganossa hace de la confianza de nuestro señor...

Por su parte el prelado, no cesaba de exhortar al dictador a la clemencia.

—¡Buen señor—decía el santo varón—escrito está: sed suaves antes que violentos!

Y Ganossa hacía tanto caso de estas advertencias como lo hubiese hecho la Gran Esfinge de Egipto.

Ya llevaría Benito sus buenas dos horas de cami-

no, cuando le sucedió una extraña aventura. Por la carretera real, avanzando en su misma dirección, iba un labriego con su carro abarrotado de mercancías, que, sin duda, llevaba al mercado de la capital. Al llegar cerca de un puente se plantó ante el carro una patrulla de soldados, que derribaron al conductor, golpeándole sin compasión y luego, le descargaron cuantas mercancías llevaba, pasándolas a otro vehículo que por las trazas parecía ser un transporte del ejército.

Benito, como buen Quijote, apresuró el paso de su rucio y quiso salir en defensa del anciano. Ello le valió unos soberbios puñetazs y por añadidura, la pérdida del jumento que los expoliadores se llevaron, en unión de las caballerías del campesino.

De nada le valió el gritar que aquel burro era de su propiedad. Aquel incidente vino a dejar bastante mal paradas las teorías del padre Ambrosio. Mientras ayudaba a tirar del carro al pobre hombre, que desde aquel instante volvió hacia su aldea, con la consiguiente desesperación, Benito pensaba en lo de la mejilla derecha y la izquierda y cuanto más lo pensaba, más se le revolvía la hiel que los soldados habían conseguido hacer criar en su cuerpo. Es el caso que el joven había puesto en práctica la máxima: Al recibir el primer golpe en el carrillo derecho, insistió en sus pretensiones de desfacedor de entretos y le propinaron otro en el izquierdo, que casi lo dejaron sin conocimiento.

Sin embargo, aún seguía consolando al labriego, que no cesaba un momento de maldecir. Bien es verdad que lo hacía más por caridad que por convicción.

—No sea usted así, buen hombre. Las leyes divinas nos enseñan que amemos a nuestros enemigos...

—¡Váyase usted con sus leyes divinas! ¡Todas esas leyes no le han servido para rescatar su borriquito!—contestaba el aldeano, con esa lógica simplista, que las más de las veces no admite réplica.

El conde de Ganossa tenía esbirros en todas partes. Antes de que Giovanni pudiese mandar la carta escrita, ya sabía él las intenciones del Prefecto, y por consiguiente, de acuerdo con su "factotum" Mateo, había tomado las disposiciones necesarias para que aquella carta no saliera de palacio.

—Me han asegurado que habéis escrito una carta al duque.

—Y no os han engañado, señor—le respondió Fiori—. He escrito al señor duque, diciéndole cómo abusáis, desvalijando al pueblo en provecho de vuestro bolsillo.

—¡Reflexionadlo muy bien antes de atravesar el umbral, señor Prefecto!—gritó Ganossa en son de reto.

—¡Lo tengo todo reflexionado!—exclamó el Prefecto cerrando la misiva.

Pero al ir Giovanni a abandonar la estancia, el infame esbirro del conde, el desamado Mateo, que se hallaba oculto tras una cortina, le disparó un formidable golpe de maza, que partió en dos la columna vertebral del anciano, dejándole muerto en el acto.

El desgarrador ¡ay! del desgraciado, hizo acudir a varios cortesanos, entre ellos Beatriz y Fiametta.

—No es este un espectáculo muy agradable para

unos hermosos ojos de mujer...—exclamó Ganossa—. Ya ve usted, ha sido una cosa fulminante; como un relámpago. Si duda alguna ha debido ser una congestión cerebral...

Y para toda la Corte, menos para Beatriz, que creía estar en el secreto, el buen Prefecto, murió de una apoplejía.

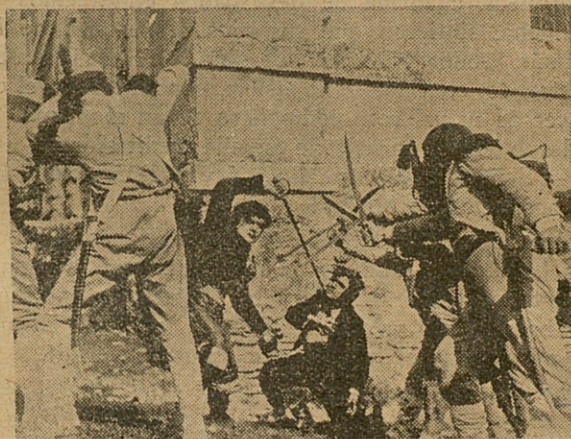
Las tropas del conde, no contentas con el rico botín del aldeano, juzgaron que todavía quedarle en su casa algo de provecho y volvieron por la a que-ría dos días después. La noticia del robo llegó a oídos de Zigano. Este, dispuesto siempre a remediar las desgracias, acudió en socorro del campesino, por cierto, amigo suyo.

El valeroso capitán, al ver que los soldados sacaban el ganado de los corrales y se disponían a saquear la casa de su infeliz amigo, lanzóse espada en mano, sin reparar en el número de los contrarios, que al darse cuenta del enemigo que tenían delante, lo dejaron todo para apoderarse del bandido.

Benito, que todavía era huésped del campesino, contemplaba la lucha con visible emoción. Su sangre se revolvía al ver como aquellos cobardes no tenían a menos de luchar cincuenta contra uno. Fué algo superior a su voluntad. Sin darse cuenta, tomó la espada de uno de los soldados caídos y de un salto prodigioso, se plantó al lado del bandolero, luchando con tal bravura que no parecía sino que en su vida no hubiese hecho otra cosa. Su mano robusta, trazaba alucinadores molinetes, derribando un contrario por cada estocada y a medida que avanzaba la lucha, parecía se centuplicaban sus fuerzas.

Llegó un momento en que el valeroso Zigano, alcanzado en un costado, se sintió herido de muerte y entonces fué él sólo para contener la avalancha y proteger al caído.

Por fortuna el clamor de las imprecaciones, los gritos de la soldadesca, atraieron a los partidarios de Zigano, que se hallaban no lejos de la finca, acam-



pados bajo unos olivos. Con la aparición de los valientes bandoleros, cesó rápidamente la refriega y casi todos los partidarios de Ganossa fueron muertos o hechos prisioneros.

—¡Hermanos!—dijo Zigano incorporándose y señalando a Benito—¡El me ha salvado la vida!... Es un valiente. De no haber mediado su auxilio, hubiese sido expuesta mi cabeza en la ciudad.

Todos los bandidos se volvieron hacia el joven

desconocido, envolviéndolo en una mirada de reconocimiento. El jefe prosiguió:

—Le debemos gratitud...

No pudo acabar la frase. Uno de los soldados que simulaban estar muertos y que en realidad yacía herido de muerte, se incorporó sin que los bandidos lo notaran, y disparó sobre Zigano, dejándolo sin vida.

Aquella cuadrilla de desalmados endurecidos en la lucha, sintieron que sus ojos se llenaban de lágrimas. Todos volvieron sus ojos hacia Benito, que, destocado, continuaba impasible, contemplando el cadáver de su valeroso compañero de un momento. El aldeano vino a sacarle de aquella meditación.

—¡ Señor, habéis luchado a favor de los bandidos, os aconsejo que huyáis!

Así fué cómo Benito ingresó en la cofradía de los bandidos y aquella misma noche fué aclamado por todos como jefe supremo, digno de continuar las hazañas del valeroso Zigano. Y se llamó Zigano, lo mismo que el héroe cuya jefatura sucedió.

La ceremonia del juramento de acatamiento, celebrada por los bandidos, fué algo imponente. Toda la banda, compuesta de más de doscientos hombres, le aclamó con verdadero frenesí. Todos no; hubo un grupo de cinco individuos capitaneado por un criminal empedernido, que en lo más solemne del acto, alzó su voz para pedir se repartiera el botín; los tesoros que Zigano guardaba en la cueva, a la cual sólo tenían entrada el viejo rabino, que en la partida ejercía las funciones de sacerdote y algo así como primer ministro, y el difunto capitán.

—¡ Que se reparta el botín! —clamó el jefe de los

descontentos— ¡Ahora que se ha muerto el capitán, no hay razón para que un extranjero se apodere de nuestras riquezas; de las riquezas que hemos ganado a costa de nuestras vidas!...

Durante unos momentos, la voz del bandido parecía hallar eco en la masa. Benito se dió cuenta de ello y rápido como el relámpago, se lanzó contra los insubordinados. Tal como se habían puesto las cosas, dodo el camino por el cual le habían empujado las circunstancias, no tenía más remedio que ser valiente: era cuestión de vida o muerte.

Bastaron unos puñetazos certeros, para que dos bandidos fueran a caer a los pies del sacerdote, otro que le iba a dar con un grueso garrote, recibió un fenomenal puntapié que lo dejó exánime y con el mismo garrote, tendió en tierra al cuarto. El capitán de los amotinados, oculto en un rincón cargó su pistola. Ya iba a disparar contra el nuevo Zigano, cuando éste le lanzó el puñal y le dejó la mano clavada sobre la misma viga en la cual la había apoyado para asegurar la puntería.

Todo ello fué tan rápido, que el mismo Benito quedó asombrado de su fuerza y su valentía. Hasta aquel instante supremo, no había adivinado él que llevaba dentro de sí un verdadero héroe. Los bandidos, ante aquel rasgo de audacia, que el mismo Zigano no hubiese sido capaz de llevar a cabo sin hacer uso de la pistola, o de la espada, aclamaron frenéticamente al nuevo jefe, y a partir de aquel momento, no quedó uno que no se sintiera capaz de dar toda su sangre por salvar la vida del intrépido Benito.

Sabido es, que nada despierta tanto la admiración

de los foragidos como la audacia de quien los dirige. Así pues, como Benito supo mostrar en las dos ocasiones que se le habían presentado, ser tan valiente como el que más, aquellos hombres, entre los cuales el que más y el que menos contaba con varios crímenes sobre su conciencia, se sintieron poseídos de una adoración sin límites por el nuevo caudillo.

Sería sobre poco más o menos la misma hora, cuando en el castillo ducal ocurrían algunos incidentes bastante interesantes. Conocía Ganosse la importancia que el duque concedía al "anillo de la fidelidad" sobre cuyo aro, esculpida en piedras preciosas, brillaba la palabra *Fides* y como presumiera que la pérdida de dicha alhaja sería motivo suficiente para que el soberano renunciara al amor de la joven que tan poco cuidado había demostrado en la conservación de la joya de sus antepasados, decidió robársela tan pronto se acostara la escasa servidumbre que restaba en el palacio. Y en efecto, adoptando la negra capa y la careta usada por Zigano, penetró en las habitaciones de la muchacha, a tiempo que ésta tomaba el baño antes de acostarse. No ignoraba el infame conde la cosumbre de la joven, que al realizar esta operación depositaba la joya sobre uno de los muebles del salón. Mirando por la cerradura, esperó el instante propicio y se apoderó del venerado talismán. Sin embargo, tuvo la mala suerte de tropezar con una butaca al intentar la huida y Beatriz y su doncella vieron al hombre enmascarado. Fueron al tocador acto seguido y con gran desesperación pudieron comprobar que el estuche de pedrería donde guardaba el anillo había desaparecido.

No había duda: la máscara y la capa negra demostraban bien a las claras que el autor de tanta audacia era el propio Zigano.

Renunciamos a describir la desesperación que se apoderó de la pobre Beatriz. Tal era su desconsuelo, que ni siquiera se dio cuenta de que el repulsivo Ganossa, se había atrevido a insinuarse de una manera muy en desacuerdo con el respeto que le debía y ella se merecía por ser la prometida de quien en el ducado lo podía todo.

A la mañana siguiente de los hechos que llevamos relatados, presentaron en la capital los soldados que consiguieron huir del combate sostenido con las huestes de Zigano.

—¡Todo lo requisado lo hemos perdido, señor... todo! Nosotros dos—dijeron los huídos—nos hemos salvado por un verdadero milagro.

Dos horas después los ciudadanos de la capital, tenían ocasión de leer el siguiente bando:

"Declarado en rebeldía el temible Zigano, se le pone un precio de mil onzas a su cabeza.—El Gobernador, *Ganossa*".

Un mes después, deseoso el conde de poner a buen recaudo los tesoros conseguidos, ordenó a Mateo que formara un convoy fuertemente escoltado, y lo trasladara todo a su castillo, en previsión de que llegara el duque y ante las protestas de la multitud le hiciera devolver lo robado.

—Lleva esto a mi castillo—le dijo a su hombre de confianza—y si en el camino encuentras algo en oro o en plata que valga la pena...

El bribón habló al oído a su señor y algo muy

interesante debió decirle, porque sus ojos parecieron iluminarse con el brillo de la codicia.

Beatriz no cesaba un momento de pensar en su querida joya y cada vez que la recordaba, inundábanse sus ojos de lágrimas. Por cierto que, Mateo, sin darse cuenta al recoger los tesoros de su amo, la metió en uno de los sacos de joyas y dinero que debían ser transportados al castillo, ignorando cuánto interés tenía Ganossa en conservar el preciado anillo en su poder.

Aquel mismo día recibió Beatriz una carta del duque, carta que vino a aumentar aún más su desconsuelo. Entre otras cosas le decía: "No me explico tu silencio, amada mía. Por el anillo, símbolo de nuestra fidelidad te exijo que no me tengas más tiempo sin noticias tuyas".

El recuerdo de la joya perdida, invocada por el amado, colmó de desesperación a la enamorada Beatriz. La dulce y animosa Fiametta que adoraba a su señora, no sabiendo cómo volver la paz a su espíritu, adoptó una resolución verdaderamente temeraria.

—¡No os apuréis, amiga mía!—le dijo—. Yo misma iré a ver a ese temible Zigano, me posternaré a sus plantas y os juro que a menos que tenga el corazón de acero, si la joya está en sus manos, me la entregará.

El convoy portador de los tesoros del conde, emprendió su camino fuertemente escoltado, mandado por Mateo. Las piedras preciosas y todas aquellas joyas que representaban un valor inmenso, fáciles de transportar por su poco volumen, iban cuidado-

samente colocadas en saquitos y éstos, en unas alforjas, sobre el arzón de su cabalgadura.

Conforme se lo había figurado Mateo, en el camino encontraron algo; y ese algo fueron los tesoros del convento de La Cruz, donde no respetaron ni los ornamentos de iglesia, ni los vasos sagrados. Candelabros, imágenes, tapices, todo fue a parar a manos de aquellos foragidos, que en la expoliación de tanta riqueza, tardaron mucho más de lo que pudieron figurarse.

El claustro del convento yacía lleno de objetos de valor incalculable; de objetos preciosos y cuadros de gran mérito, acumulados en cientos de años.

La cocinera del convento, mujer valerosa y decidida, subió a la torre y comenzó a tocar a rrebató. Dos bandidos que subieron para hacer callar las comprometedoras campanas, cayeron al suelo, merced a los hercúleos brazos de la cocinera, que previamente se había armado de un grueso leño.

Los desesperados vagidos de las campanas atrañeron a varios aldeanos y a una fuerte partida acuallada por el propio Zigano y todos juntos volaron hacia el convento, llegando en el preciso instante en que los secuaces del conde comenzaban a transportar a los carros los objetos robados.

Cogidos por sorpresa, apenas si los conductores del convoy pudieron defenderse y ya, desde los primeros disparos, viendo que llevaban la peor parte, comenzó una desbandada general. El mismo Mateo salió por una de las tapias, dispuesto a ganar sin ser visto, la parte posterior del convento. Zigano lo vió y corrió tras él como una exhalación. Los ca-

ballos, más que correr, parecía que volaban; en pleno galope, Zigano consiguió montarse sobre el caballo de su enemigo de un salto prodigioso y sin cesar de correr, sostuvo una lucha feroz, una verdadera lucha a muerte, hasta que consiguió dar en tierra con el infame ladrón que cayó pesadamente en medio de la carretera hecho un guñapo.

—Daréis mis recuerdos al conde—dijo Zigano en broma—y dile que uno de estos días iré a presentarle mis respetos.

Registrado el arzón del caballo de su enemigo, el nuevo Zigano vió que allí había dinero y joyas para enriquecer un pueblo entero. Jamás figuraba una presa semejante en los anales de la banda. Bien es verdad que tesoros semejantes al del conde no era fácil encontrarlos todos los días.

Al llegar de nuevo al convento vió que las monjas habían escapado de Herodes para dar con Pilatos: sus bravos mozos, tentados por las maravillas del convento, no miraban con malos ojos los tesoros sagrados y sin esperar las órdenes del capitán, se disponían a transportarlos a los carros apresados. Por fortuna, la vuelta de Zigano, volvió la tranquilidad a las atrimuladas madres.

—No tienen que agradecerme nada a mí, hermanas—dijo Zigano al marcharse—, agradézcanlo ustedes a quien con tanto valor ha tocado la campana.

Al volver a la mañana siguiente a su guarida del Monte Diavolo, esperaba a Benito una visita como quizá jamás se había recibido en la gruta de los bandidos. Era la bella Fiametta. La impresión que le produjo la presencia de la hermosa muchacha, no es para descrita. No uno, cien anillos le hubiese dado

de haberlos tenido en su poder, pero Zigano no había estado jamás en el palacio ducal cual aseguraba la hermosa viajera. De mala manera, pues, podía haberse apoderado de la sortija que con tan lastimero acento le pedía. Una mano hubiese dado el apuesto mozo por secar aquellas lágrimas de tan lindo rostro. ¡Cuán lejos estaba Zigano de pensar que el anillo de la fidelidad se encontraba en el botín traído aquel día!

Volvieron a vendar los ojos de la atrevida muchacha y mal de su grado, ya que ella no quería levantarse de los pies del capitán hasta recobrar la joya de la cual dependía la felicidad de su buena amiga, los mismos bandidos que la subieron, volvieron a bajarla de la montaña, con infinitas precauciones.

En aquel instante, unos centinelas apostados en las avanzadas de la guarida, llegaron a todo correr.

—¡Cinco de los nuestros han caído en poder de las tropas de Ganossa y van a ser llevados a la horca!

Entre los bandidos se produjo un revuelo formidable; querían nada menos que ir y asaltar la capital, a la sazón casi desguarnecida.

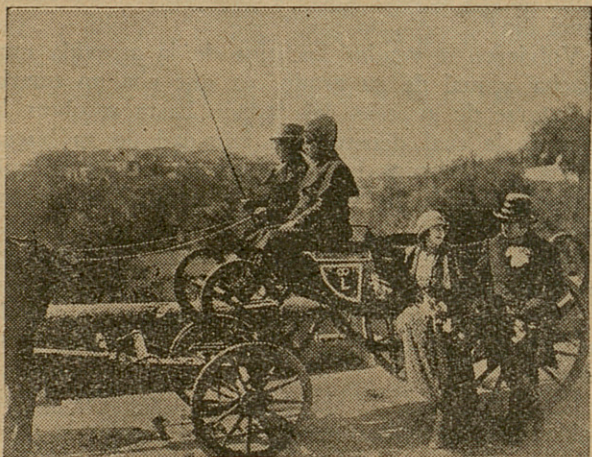
—¡Alto!—gritó el capitán—. ¡Yo iré sólo a la ciudad! ¡De la vida de mis camaradas, respondo yo con mi cabeza!

Acto seguido, volvió a ponerse el traje que traía el día que ingresó en la cuadrilla y montado en su brioso corcel, salió a todo galope para libertar a los compañeros en peligro.

Al llegar a la carretera oyó unos gritos que partían de un bosque cercano y pudo llegar a tiempo para

que los suyos no atentaran contra el honor de la linda Fiametta. Los criados de ésta, al ver el peligro de su señora pusieron pies en polvorosa, poseídos de un pánico horrible. Fué preciso que Zigano hiciera valer toda su autoridad para que los atrevidos perillanes abandonaran la delicada presa.

Viendo la huida de sus criados, Benito montó a



la linda joven a la grupa de su caballo y emprendió nuevamente el camino, llevando una compañía como jamás pudo imaginar. No estará de más decir que Fiametta hubiera deseado que aquel camino se hubiese prolongado por todo lo que le restaba de vida.

Aquella tarde, cuando Benito llegó a la ciudad, los soldados del conde fijaban un bando, anunciando la vacante del cargo de Prefecto de policía.

Los solicitantes debían depositar mil onzas, cantidad de la cual podrían resarcirse mediante la captura de Zigano, ya que, este era el precio en que se había fijado su cabeza. Por lo visto, el conde, desesperado con la pérdida de sus tesoros y no sabiendo cómo recuperar el dinero perdido, no reparaba ya en nada y su indelicadeza llegaba hasta vender los destinos públicos.

Benito vió que entre los que leían el bando se hallaba el prelado en compañía de un amigo suyo.

—Ese sí que sería un buen cargo para mi sobrino Benito—decía el obispo—. ¿Y dónde demonio se habrá metido ese muchacho que hace tanto tiempo no sabemos ninguna noticia de él?

No había andado ni veinte pasos el bondadoso pastor de almas, cuando Benito se presentó ante él, dándose a conocer. Y una hora después ya estaban ambos en el castillo en presencia de Ganossa y de los demás solicitantes al cargo, que por cierto, no bajaban de una veintena. Ante tanta afluencia de aspirantes, el conde elevó la suma de mil a dos mil onzas.

—Acabo—les dijo—de subir el precio de la cabeza de Zigano de mil a dos mil onzas y he dispuesto, que como pueden ganar esta cifra tan pronto prendan al bandido, sea dicha cantidad la que aboneen para obtener tan importante cargo.

Todos los aspirantes fueron saliendo uno a uno y hasta el prelado se disponía a hacer lo propio, cuando su sobrino lo detuvo por un brazo.

—Quédese—le ordenó—. Usted pondrá la mitad y yo la otra mitad.

—¿De dónde has sacado tú tanto dinero?

—Me lo dió mi madre al marchar. Era todo cuanto tenía.

El buen obispo hizo un movimiento como diciendo "puede ser verdad, pero no me lo creo" y no quiso entrar en más discusiones. De sobra sabía él que su pobre hermana no tenía semejante cantidad.

Una hora después, Zigano, el capitán de bandidos era Prefecto de policía del ducado.

Ignoraba Ganossa que el anillo había caído en poder de Zigano. El infame dictador vió el cofrecito de pedrería en uno de las cajones de su mesa de trabajo y de acuerdo con la princesa Teresa, comenzó a urdir la infame intriga que debía perder a Beatriz. Para ello, le envió una carta redactada en los siguientes términos:

"Princesa: Yo os ruego intercedáis en mi favor cerca de Su Alteza el Duque. Me domina una gran pasión por la muchacha que ama nuestro señor. Fiel servidor, yo lucharía contra este amor si Beatriz no me correspondiese con idéntica pasión. El anillo que le confió el duque, me lo ha dado ella a mí como prueba de su amor.—*Ganossa*".

Aquella misma noche la carta del Gobernador, salió hacia el cuartel general de Napoleón, acompañada de otra de la princesa, en la cual, ésta, rogaba al duque Ludovico que reflexionara antes de esposarse con Beatriz.

Consumada la hazaña, la princesa y el conde sonrieron satisfechos. Por sus mentes, que la avaricia alucinaba, vieron desfilar en cortejo fastuoso la riqueza, el poder, los placeres... No contaban con Zigano.

El correo llegado a media noche, trajo interesantes

noticias. El duque Ludovico, en gracia a los servicios prestado a Napoleón, había sido elevado a la categoría de rey y comenzaron los preparativos para dar al día siguiente una importante recepción, en conmemoración de tan fausto suceso.

El nuevo Prefecto de policía, no perdía mientras tanto el tiempo, y comenzó a inspeccionar el castillo. Los cortesanos, andaban tan atareados con las órdenes de Ganossa, que ni siquiera paraban mientes en las idas y venidas de Benito, que por cierto, sorprendió una confesión bastante sustanciosa. El conde de Ganossa tuvo la ocurrencia de revolver algunos papeles en su despacho y como el cofrecito se le viniera a las manos, lo abrió, pudiendo comprobar, con no poco disgusto, que faltaba el anillo.

—¿Dónde está el anillo que había en este cofrecito?—exclamó furioso el conde, luego que se hubo presentado su esbirro.

—Señor, sin duda debí meterlo con los tesoros de que se apoderó Zigano...

Una sarta interminable de puntapiés y de interjecciones del más grueso calibre siguió a la contestación del criado, que se revolcaba de dolor en el suelo.

Por lo que le había dicho antes la adorable Fiametta y por lo que oyó de labios del indignado conde, comprendió Benito cuánta importancia tenía aquella joya en la vida de Beatriz y hasta en la del reino y desde aquel instante, juró no perder de vista al conde ni un minuto, dispuesto a desbaratar sus infames maquinaciones. Tentado estuvo de ir corriendo a las habitaciones de Fiametta y decirle toda la

verdad; que él era el capitán Zigano, el hombre enmascarado ante cuyos pies se había posternado aquella misma mañana y que el anillo estaba en su poder... No obstante un presentimiento secreto le contruvo. Le pareció que sus protegidas correrían peligro en su ausencia y hasta tanto no fuera imprescindible ir a buscar la joya decidió no moverse del castillo. Por otra parte tenía que salvar a los compañeros de cuyas vidas había respondido ante la banda con su cabeza.

Al siguiente día por la mañana, el conde Ganossa, más irritado que nunca, por la pérdida de la joya, mandó que los bandidos prisioneros saliesen al patio. Unos cuantos hombres elegidos entre los más crueles de sus soldados, provistos de gruesos vergajos, recibieron orden de apalearlos hasta que confesaran cómo y por dónde se podía llegar sin ser visto hasta la cueva de la banda, cueva, que según rumores, tenía un paso practicable. Ganossa estaba dispuesto a mandar contra ella un verdadero ejército. Los desgraciados bandoleros, agotadas sus fuerzas por el bárbaro suplicio, parecían ya dispuestos a confesar, cuando Benito, disfrazado de Zigano, apareció por uno de los balcones del castillo.

—¡ Aunque nos hagáis pedazos—dijeron los bandidos animados por aquella súbita aparición—no diremos ni una palabra!

Y tal cual lo dijeron, lo cumplieron. Segundos después, Benito, vuelto a su personalidad de Prefecto, se personaba en el patio del suplicio, donde, Ganossa, en vista de la imposibilidad de hacer hablar a

sus prisioneros, daba órdenes de que fueran ahorcados al amanecer del día siguiente.

—Esta noche—ordenó Benito—por ser la última que estos perillanes han de pasar en el mundo de los vivos, que se les dé de comer y beber todo lo que pidan.

Serían las cuatro de la tarde, cuando comenzó la recepción anunciada para celebrar el nombramiento del duque. Ganossa y la princesa Teresa, en vista de que su plan había fracasado, pusieron en práctica otra intriga no menos terrible.

Mientras el infame conde conseguía llevar a Beatriz a su despacho, con la promesa de devolverle el anillo que sus soldados habían arrebatado a Zigano, la princesa, cuando creyó llegado el momento, llamó a algunos de los cortesanos, invitándoles a que la siguieran al despacho de Ganossa.

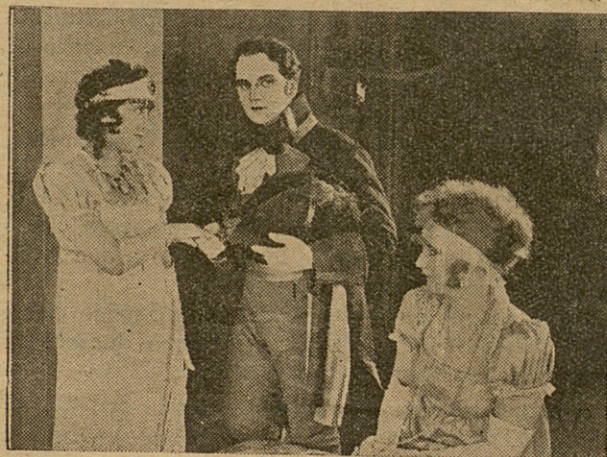
—Quiero que vean—les dijo—de qué modo cierta dama abusa de la confianza del duque durante su ausencia...

Afortunadamente para Beatriz, Benito oyó las palabras del conde y como estaba en posesión de la verdad, siguió tras ellos. En el momento en que Ganossa se abalanzó hacia la joven, para dar lugar a que los cortesanos conducidos por la princesa presenciaran la escena, el joven Prefecto llegó con su disfraz de Zigano y colgó al conde una panoplia. Este cuadro fué el que encontraron los que seguían en pos de la princesa. No hay para qué decir que Ganossa bramaba de ira.

Entre tanto, Benito, en las habitaciones de Beatriz, se daba a conocer a ésta y a Fiametta.

—Estad seguras, señoras—les dijo—que el anillo volverá a vuestro poder tan pronto como os sea necesario. Mientras tanto, lo dejaremos donde está, que en ninguna parte estará más seguro.

La cena de los condenados a muerte, fué un verdadero banquete, en el cual participaron por igual



reos y guardianes. Uno de los bandidos, más beodo que los demás, murmuró al oído del guardián que se hallaba a su lado:

—¡Eres un animal!... Podrías ganarte dos mil onzas con sólo decir al conde que... nuestro capitán, y el nuevo Prefecto son una misma persona...

Los dos guardianes que los custodiaban salieron corriendo a dar la noticia para ganar la recompensa,

sin cuidarse en su azoramiento de cerrar la puerta. No hay para qué decir que los condenados, al darse cuenta de ello, salieron de la prisión como alma que lleva el diablo.

Tan pronto como el conde recibió la estupenda noticia, mandó cercar el castillo y llamó a Zigano a su despacho, donde varios guardias dispararían sobre el joven a una señal del gobernador. Por una pistola que indiscretamente asomó tras un portier antes de tiempo, comprendió Benito que había sido delatado.

Dando dos saltos casi milagrosos consiguió salir Zigano de la estancia. Gracias a su fuerza portentosa, volcó de un empujón a los dos o tres sujetos que le obstruían la salida. A partir de aquel instante, comenzó una encarnizada persecución que lo tuvo cien veces en inminente peligro de muerte. Fiametta y Beatriz, muertas de angustia, contemplaban los prodigiosos saltos del joven que parecía llevar alas para saltar de un tejado a otro y que forzosamente debería ser de acero, pues no de otro modo se explicaba su inmunidad contra tantos cientos de balas disparadas. Por fin consiguió Zigano saltar desde un tejado bajo y caer sobre el único caballo que llevaban sus perseguidores. El noble bruto, bárbaramente espoleado, partió con la velocidad del rayo.

En la mañana que siguió a aquella noche trágica, recibió Beatriz una carta de su amado, anunciando su llegada con las primeras sombras del crepúsculo. Beatriz hubiese preferido la muerte antes que pasar por la vergüenza de presentarse ante su amado sin la joya de sus antepasados. Todo el día estuvo vertiendo el llanto a raudales.

—¡No es posibles!—murmuraba entre sollozos—. ¡No es posible que Zigano regrese tan pronto! Si al menos supiera mis tribulaciones...

Ya había cerrado la noche, cuando el estruendo de trompetas y tambores anunciaba la llegada del soberano. La multitud vitoreaba sin cesar al valiente Ludovico. Zigano corría como llevado por las alas del viento en un brioso corcel y pudo llegar a tiempo para mezclarse en el tumulto, aprovechando los momentos de confusión.

El palacio estaba tan guardado que era casi imposible penetrar. No obstante, haciendo prodigios de astucia y destreza, logró llegar hasta lo alto de la escalera, donde derribó al último guardián, y penetró en la antecámara de Beatriz.

Allí estaba Ganossa. Entre los dos enemigos trabose una lucha doblemente terrible, por lo desigual. Mientras el conde luchaba con su espada Zigano no llevaba más arma que una silla.

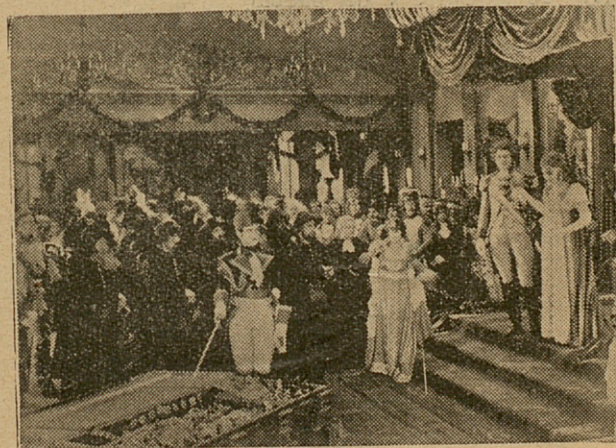
Cansado el monarca de esperar a Beatriz y viendo que ésta no se presentaba a pesar de haber sido llamada, fué él mismo a buscarla. El ruido de la lucha que se oía en la habitación contigua, hizo que salieran Beatriz y Fiametta en el momento en que Ganossa caía abatido de un silletazo. En aquel mismo instante se presentó también el rey.

—Tened señora, vuestro anillo—exclamó Zigano dirigiéndose a Beatriz.

El conde cogido *infraganti* por el rey, huyó muerto de miedo y vergüenza. En cuanto a Fiametta, no pudo dominar su entusiasmo y se arrojó al cuello de Zigano, estampando en sus mejillas dos sonrosos besos.

—¡Eres el más valiente del orbe y el más noble!

Pocos días después el monarca y Beatriz unían sus destinos. Ante el asombro de los cortesanos el Prefecto de policía se presentó en los salones de palacio con una extraña comitiva de cerca de trescientos hombres armados, todos ellos de feroz aspecto. Eran los bandidos de Monte D'avo'o.



—Majestad—exclamó Zigano inclinándose—, de hoy en adelante, estos serán vuestros más fieles guardianes.

Cuatro de los mosqueteros sacaron un enorme cajón que pusieron ante el rey. A la vista de aquel tesoro incalculable, los cortesanos quedaron mudos de asombro. Eran las joyas de Ganossa.

NOVELA CINEMATOGRAFICA

—Señor; he aquí el regalo de boda que os hacen los bandidos de Monte Diavolo.

—¿Cómo podré agradeceros esto, querido Benito? —repuso el rey.

—Dándome la mano de Fiametta, señor—contestó el Prefecto.

Y aquel mismo día quedaron concertados los esponsales de los dos enamorados con el aplauso general de la Corte y del pueblo.

FIN



006 NPC (221)

FIGURINES DE MODAS



Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

PRECIO	TITULO	Fecha de Publicación
20'—	Album de bal	Noviembre
5'—	La lingerie parisienne	"
1'50	Lingerie et broderie	"
5'—	Album travestis	Diciembre
5'—	Robes lingerie et robes brodées	Abril
5'—	Blouses artistiques	Trimestral
25'—	Grandes créations	"
5'—	Les chapeaux modernes	"
1'50	Weldon's catalogue.	"
1'50	Weldon's ladies journal.	Mensual
1'25	Weldon's children	"
3'50	La mode de Paris	Marzo y Sepbre.
4'50	Elite	"
3'50	Manteaux et costumes de promenade	"
3'50	Modes d'enfants.	"
1'50	Ultima elegancia	Mensual
3'50	L'idéal parisién	"
4'—	Paris chic	"
4'—	Le chic	"
4'50	Le grand chic	"
4'—	Très chic	Id., excepto junio y julio
6'—	New ladies fashions	8 veces al año
5'—	La mode qui viendra	18 veces al año

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barará, 15. Apartado 925—Barcelona